

Caribbean Studies de Brown University y a Jepson School of Leadership Studies de University of Richmond, ya que las dos estancias de investigación realizadas allí fueron fundamentales para completar este proyecto. Quiero agradecer a mis amigos Nicolás Tereschuk, Abelardo Vitale, Tomás Aguerre, Federico Vázquez, Sol Prieto, Mariano Fraschini, Mariano Montes, Martín Astarita, Sergio de Piero, Laura Iturbide, por la discusión y la lectura de borradores y textos varios. También a Martín D'Alessandro, presidente de la SAAP, y a Carlos Díaz, de Siglo XXI. Expreso mis infinitas gracias a Raquel San Martín, mi editora: todo autor debería tener a alguien como ella de su lado. Mi marido, Pablo Carnaghi, el mejor lector que conozco. Un abrazo final a mi familia: mi mamá, mi papá aunque ya no esté, mi hermana y hermanos, y a mis dos hijos, Ulises y Amancay, que son una dosis de felicidad instantánea cada día. Lo mejor de escribir un libro es poder listar en este párrafo a todas las personas de las que he aprendido y aprendo, y darme cuenta de cuán afortunada soy de contar con ellos.

1. El fin del fin de la historia

Sospecho que la emoción por las historias, por la narrativa, es una disposición humana universal, que acompaña nuestros poderes de lenguaje, nuestra conciencia de sí, y la memoria autobiográfica.

OLIVER SACKS. *On The Move* (traducción propia)

En 1989, la ciudadanía mundial presenció atónita la súbita caída del Muro de Berlín, derribado por las mismas personas a las que en teoría debía controlar. En pocos meses, la Unión Soviética también caía, la Cortina de Hierro no existía más y, no mucho después, una Alemania en vías de reunificarse le ganaba la final de fútbol a la Argentina, en Italia 90. En esos años, podía sentirse la historia corriendo, indetenible, impredecible, ante nuestros ojos. Para quienes podemos recordarlo, las imágenes en nuestra televisión de los manifestantes berlineses derribando con sus propias manos el Muro nos hicieron sentir como tal vez se haya sentido Hegel luego de ser testigo, en 1806, de la entrada triunfal de Napoleón en Jena: con la certeza de que estaba presenciando un acontecimiento que dividiría la historia humana en un antes y un después. Fundamentalmente, fueron años de optimismo democrático, presagiado en la Argentina por otros dos momentos que marcaron para siempre a una generación: el retorno de la democracia en 1983, y el Juicio a las Juntas en 1985. A principios de los años noventa, la historia y su movimiento final parecían evidentes: las dictaduras latinoamericanas se

desvanecían al parecer sin violencia y por la acción virtuosa de la sociedad civil; el socialismo real perdía su atractivo; la única opción que quedaba en pie, la democracia liberal de partidos combinada con el capitalismo, debía, sin dudas, ser el camino correcto.

Ninguna pieza de teoría encarnó mejor el optimismo democrático de entonces como "El fin de la historia", un texto –bastante corto, por cierto– de Francis Fukuyama, publicado en la revista *The National Interest* poco después de los eventos de Berlín. El artículo, que transformó a su autor en un intelectual famoso en todo el planeta, interpretaba en términos hegeliano-nietzscheanos la caída del Muro, pronosticaba el devenir inevitable del futuro global y, en una vena casi profética, aseveraba que la expansión mundial del capitalismo liberal democrático era un hecho imparable.

Este texto seminal, sin embargo, no es la caricatura neoliberal a la que lo redujeron muchos de sus lectores. Fukuyama no ignoraba que el "fin de la historia" no estaba cercano, que la paz no sería inmediata, ni que las tensiones se seguirían sucediendo en un futuro próximo y mediato. Su idea de que la caída de las ideologías políticas estaría acompañada de un ascenso de los conflictos de menor intensidad causados por los fundamentalismos religiosos fue premonitoria. Asimismo, el autor concebía esa "última época" de la historia como el triunfo del "último hombre" nietzscheano: no como una era de creatividad y autoexpresión, sino un tiempo de gris y chato consumismo. No obstante, el elemento central de su tesis era la certeza de que, aunque el momento final tardara en llegar, se podía saber de antemano adónde se dirigía la historia con seguridad epistemológica. Es este espíritu de certeza –si no fechada, al menos teórica– lo que revitalizó la teoría democrática liberal y obligó a la teoría anticapitalista a embarcarse en la búsqueda de lo que suele llamarse "posmarxismo". Con la caída del Muro y el fin de la historia, la teoría democrática liberal se encontró reinando casi en total soledad.

Treinta años después, parece vivirse en todo el mundo otro momento en el que la historia se nos muestra, pero como si hubiera elegido de repente moverse en reversa. La geopolítica se ha vuelto más complicada de lo que era hace tres décadas. China, que maneja desde el Estado la economía de mayor crecimiento en los últimos veinte años, parece probar que el capitalismo y la política democrática liberal no son necesariamente el único camino para aumentar el bienestar. En 2016, Gran Bretaña eligió en un plebiscito abandonar de manera unilateral la Unión Europea, el proyecto de integración pacífica que mejor parecía encarnar la utopía de la paz democrática y liberal. En todo el mundo desarrollado hay una ola ascendente de partidos de derecha nacionalistas y nativistas, cuando no directamente neonazis: fuerzas de este tipo ganaron elecciones o estuvieron cerca de lograrlo en Holanda, Francia, Austria, Alemania y Hungría, entre otros. En 2016, Donald Trump, un empresario de la construcción y estrella televisiva de *reality shows* sin ninguna experiencia de gobierno, fue elegido presidente de la más antigua e influyente democracia liberal del mundo. Tres décadas luego de la caída del Muro, nadie parece entender bien cómo se llegó a esta situación.

A la luz de estos sucesos, se puede revisar aquel momento de optimismo político y teórico. Por una parte, los eventos que siguieron (atentado a las Torres Gemelas, invasión a Irak de los Estados Unidos, inestabilidad en Medio Oriente, crisis del neoliberalismo en América Latina, ascenso mundial de partidos de ultraderecha) ponen en entredicho la certeza de un "fin de la historia". En todo caso, parecería estar más próximo un "fin de la historia" literal debido a una catástrofe ambiental de la mano del calentamiento global y la explotación desmedida de los recursos naturales, que un futuro de unánime paz y compra global de videocasetas, como predecía Fukuyama. Lo relevante es que hoy la principal amenaza global a la consecución de un orden de paz y aburrimiento consumista no es ni el comunismo ni el fun-

damentalismo religioso, sino el populismo.⁶ Su ascenso en la totalidad del mundo desarrollado (en los Estados Unidos, Canadá, Europa del Este y del Oeste y Australia), encarnado en figuras como Donald Trump, Marine Le Pen, Nigel Farage, Pauline Hanson o Geert Wilders, parece marcar una especie de convergencia entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, solo que la convergencia no se da en un desarrollo pleno de la periferia, sino en una regresión a formas iliberales de la democracia.

Paradójicamente, este renacimiento del populismo mundial, aun en zonas en teoría inmunizadas contra él por sus cien o doscientos años de democracia, debería obligar a los analistas a mirar hacia América Latina, ya que ninguna otra región tiene una historia tan poblada de liderazgos populistas de todo tipo como esta.

EL POPULISMO COMO PROBLEMA LATINOAMERICANO

La teoría del "fin de la historia" de Fukuyama y el optimismo democrático-liberal de los años noventa actualizaron una promesa ya planteada en la teoría de la modernización política de fines de los cuarenta: que la integración de los países tercermundistas al capitalismo mundial a través del comercio y el consumo desregulados terminaría generando como efecto (como "externalidad positiva", diría un economista) la demo-

6 "El cambio intergeneracional hacia valores posmaterialistas generó apoyo hacia los movimientos que buscaban paz, protección ambiental, derechos humanos, democratización e identidad de género. [...] Esto dio origen desde el comienzo a una reacción adversa entre los más viejos y menos seguros de su posición, que se vieron desorientados por la erosión de valores familiares. Hace veinte años, Inglehart describió cómo esto estimulaba el apoyo hacia los partidos populistas xenófobos, presentando una imagen llamativamente semejante a la que vemos hoy" (Inglehart y Norris, 2017: 444; traducción propia).

cratización generalizada de esas sociedades y su adopción de modelos de democracia liberal de partidos idénticos a los de los países centrales.

Autores clásicos como Daniel Lerner (1958) sostenían que, si bien los países se movían a un ritmo que no era homogéneo entre sí, más tarde o más temprano todos alcanzarían el mismo punto de llegada, a medida que las naciones "en vías de desarrollo" hicieran el *catch up* necesario en términos de innovación tecnológica y modernización cultural. Según la teoría de la modernización, tanto la industrialización como el comercio empujaban necesariamente a todos los países del mundo en igual dirección. La versión política de esa teoría postulaba que los cambios sociales causados por la transición desde el estadio "tradicional" hacia el "industrializado" (como los desplazamientos de población desde las zonas rurales "atrasadas" hacia las ciudades) redundarían en una modernización cultural, de costumbres y de patrones de consumo que culminaría en la universalización de los valores de la democracia liberal y occidental.

Sin embargo, el problema fue que la modernización industrial de América Latina en la posguerra no terminó en sistemas de partidos iguales a los de Estados Unidos o Suecia, sino en el ascenso político de figuras como Getúlio Vargas, en Brasil, y Juan Domingo Perón, en la Argentina. De alguna manera, gran parte del análisis político latinoamericano se enfocó entonces en la amenaza planteada por los populismos personalistas y movilizantes, que se imaginaban como un problema casi únicamente latinoamericano. Durante el auge de esta teoría, que se extendió por una década, los análisis identificaban a estos presidentes como el mayor obstáculo hacia una modernización política "normal".⁷ Populares y poderosos, muchos de ellos militares, estas figuras habían movilizado a las masas que se habían trasladado del campo

7 Véanse Lipset (1960), Germani (1963), Di Tella (1965), Janini (1975).

a la ciudad en una marea de apoyo a políticas distributivas y estatizantes en lo económico, con una matriz política que combinaba expansión de derechos a las mayorías con características antiliberales o directamente autoritarias. Había que dejar atrás el populismo para alcanzar la necesaria modernidad política liberal.⁸

Durante la década de 1970, se intentó eliminarlo por la vía de dictaduras militares. Los años de transición a la democracia acompañaron el optimismo con nuevas advertencias de los peligros que entrañaba el populismo. Las democracias "posttransicionales" latinoamericanas abrazaron así la democracia liberal, los partidos políticos, un rol más disminuido para el Estado y la expansión de los mercados; los elementos de lo que luego se conocería como "la visión tecnocrática" del Consenso de Washington (Roberts, 2003). En esta visión, y tras haber sido derrotadas en términos históricos tanto las dictaduras militares como la amenaza socialista de los setenta, la única amenaza que quedaba en pie era el viejo y conocido populismo personalista latinoamericano.

Los teóricos de la transición democrática sostuvieron que América Latina y las demás regiones periféricas debían abrazar un régimen con partidos políticos fuertes, sin liderazgos personalistas, y que siguiera una definición más minimalista de democracia de lo que había sido el ideal de la izquierda de años anteriores (O'Donnell y Schmitter, 1986: 3). Se planteó que no era necesario, e incluso que no era deseable, apuntar a un cambio estructural en las condiciones de propiedad o a

8 Eso, a pesar de que en los años sesenta surgieron otras visiones que contradijeron abiertamente la idea de que las naciones en vías de desarrollo solo debían esforzarse en hacer el *catch up* para alcanzar a las desarrolladas. La teoría de la dependencia argumentó en los años sesenta que, lejos de moverse de manera lineal hacia un punto en el futuro en el que convergerían con las economías industrializadas, los países en vías de desarrollo estaban presos de una relación de dependencia asimétrica con respecto a los centrales.

una igualdad social radical como condiciones necesarias para alcanzar la democracia efectiva: sería suficiente concentrarse en mejorar la calidad de las instituciones democráticas así como fortalecer el papel de los partidos políticos, y dejar las cuestiones ligadas al logro de la igualdad social y económica para más adelante. La democracia debía privilegiar el interés por garantizar condiciones de institucionalidad (elecciones libres, libertad de prensa y de asociación, derechos civiles y políticos) y orientarse hacia la eliminación de la pobreza y la desigualdad en el futuro.

Frente a la posible nostalgia por el tipo de liderazgo de Perón o José Velasco Alvarado en Perú, la solución eran partidos políticos impersonales, programáticos y fuertes, que rechazaran los cantos de sirena del populismo, el personalismo y el clientelismo. Los partidos políticos debían transformarse en fuerzas modernas y profesionalizadas que compitieran por los votos de los ciudadanos y gobernarán orientados por la moderación, la búsqueda de consensos y la apreciación por la racionalidad tecnocrática. La introducción de mercados capitalistas competitivos, además, disminuiría el poder del Estado y la capacidad de los líderes populistas de utilizar la distribución de bienes estatales para generar redes clientelares y disminuir la competitividad democrática.

Pasaron treinta años desde ese optimismo inicial. Y el panorama político latinoamericano no se ha encauzado en la trayectoria de previsibilidad que se suponía inevitable en 1989. Los avances y los retrocesos se han sucedido. Así como durante los años cuarenta el desarrollo industrial no redundó en democracias liberales fuertes salvo en contados países, la transición democrática y la modernización neoliberal no llevaron a la muerte total del populismo. Antes bien, durante los noventa, mandatarios como Carlos Menem y Alberto Fujimori fueron denominados "neopopulistas" por la combinación de un estilo personalista, verticalista y poco institucional —que recordaba a los viejos populistas (Menem había sido, además, elegido por el peronismo)— con políticas públicas

neoliberales —que eran todo lo contrario de los populismos clásicos—.⁹ Peor aún, las reformas modernizantes neoliberales confluieron en crisis económicas, sociales y políticas que generaron un “brote” incluso mayor de populismo en la región.

En ese sentido, los gobiernos electos en los contextos de salida de estas crisis del inicio del siglo XXI fueron, en su mayoría, populistas de izquierda. Hugo Chávez, Néstor Kirchner y Cristina Fernández, Evo Morales, Rafael Correa y Fernando Lugo conformaron la llamada “ola rosa” del populismo latinoamericano, que se extendió entre 1998 y 2012.

La elección de Hugo Chávez significó el final efectivo del bipartidismo surgido del Pacto de Puntofijo en Venezuela, y a su vez solo fue posible por el derrumbe del sistema de partidos venezolano, que había sido por años presentado como el más estable de la región. Entre 2001 y 2003, la Argentina atravesó una profunda crisis económica y política que incluyó, entre otros hechos, una violenta represión a civiles que mató a treinta y ocho personas,¹⁰ la renuncia del entonces presidente Fernando de la Rúa, la declaración del *default* soberano, la asunción de un presidente provisional y el llamado a elecciones anticipadas. En Bolivia, el segundo gobierno de Gonzalo Sánchez de Losada culminó en 2003, luego de semanas de protestas sociales por la privatización del gas y el agua, la represión con varias muertes, la renuncia y finalmente la partida al exterior del presidente. En el caso de Ecuador, tres presidentes —Abdala Bucaram en 1997, Jamil Mahuad en 2000 y Lucio Gutiérrez en 2005—, tuvieron que renunciar a su cargo en contextos de fuertes conflictos de poderes con el Congreso o la Corte Suprema y a menudo en el contexto de crisis económicas.¹¹ En Colombia, la “larga crisis” relacionada con la supervivencia de la guerrilla también redundó

9 Véanse Weyland (2003), Dockendorff y Kaiser (2009).

10 Hay disputa sobre el número de víctimas. Fuente: Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Correpi).

11 Jamil Mahuad dolarizó la economía de Ecuador a principios de 2000.

en el ascenso de un carismático populista de derecha, Álvaro Uribe, que completó dos períodos presidenciales, entre 2002 y 2010. Incluso en Paraguay ganó en 2008 el obispo Fernando Lugo, al frente de una coalición variopinta, aunque fuera luego expulsado de la presidencia en 2012 por un *impeachment* de dudoso mérito jurídico.

Pocos países quedaron con sus sistemas políticos intactos. Chile, Uruguay y Brasil eran celebrados como ejemplos de sistemas bien organizados, con partidos que iban de una centroderecha moderada a una izquierda “moderna” no populista. Aun así, también atravesaron momentos de cambio: en Chile, por ejemplo, por primera vez desde la transición se dividieron el Partido Socialista y la Democracia Cristiana en las elecciones del 2017, en las que ganó Sebastián Piñera con un discurso más netamente de derecha que en su elección anterior; en Uruguay, el dominio del Frente Amplio se vio amenazado en las urnas y por episodios que incluyeron fuertes protestas de los sectores agrícolas así como la sanción del presidente Tabaré Vázquez al jefe del Ejército Guido Manini Ríos, por “indisciplina”, en 2018. Un párrafo aparte merece Brasil, que en poco más de dos años pasó del “gran éxito político” de la región —por haber virado de un sistema partidario completamente fragmentado (que en 2002 se caracterizaba como “de políticos sin partido”) (Cavarozzi y Casullo, 2002: 14)— a uno estructurado en torno a un partido fuerte y programático, el PT, que además había logrado resolver el punto peliagudo de la sucesión entre el líder original y una sucesora en las urnas. Sin embargo, en 2016 la presidenta Dilma Rousseff fue depuesta por un procedimiento de *impeachment* de dudosa legalidad y nula legitimidad; en 2018 el exmandatario Lula da Silva fue encarcelado con una causa de endeble juridicidad, y ese mismo año se impuso en las urnas Jair Bolsonaro, con un discurso xenófobo y violento, a favor de la tortura, ofensivo hacia las mujeres y los homosexuales y en contra del activismo por los derechos humanos.

El fin de los populismos de izquierda no dio por resultado el automático ascenso de las democracias liberales en América Latina. Pero ¿es esto una novedad? Después de todo, tal vez la alternancia entre populismo de izquierda y gobiernos de centro-derecha de baja institucionalidad democrática y crónico desinterés hacia las mayorías populares se deba a la deficiente "cultura política" de la región. Si así fuera, el analista podría declararse "desencantado" ante una nueva "oportunidad perdida". Tal vez América Latina debería simplemente aceptar que nunca llegará a la modernización política, que la convergencia con las naciones centrales no se producirá jamás, y que sus países no se convertirán en democracias plenas. Al menos, aquel convencido del "fin de la historia" podría pensar que la inevitabilidad de la democracia liberal de partidos se mantendría vigente por la solidez de los países del Atlántico Norte.

Pero la barrera entre países periféricos y centrales hoy parece haberse desdibujado. Líderes y partidos populistas se multiplican en naciones antes consideradas "ejemplares". Más preocupante aún es que, salvo contadas excepciones, el populismo en Europa, América del Norte y Asia es un fenómeno casi exclusivamente de derecha.¹² En países tan dispares como los Estados Unidos, Francia, Holanda, Austria, Suecia, Dinamarca, Finlandia, Alemania y Australia, ascienden partidos y políticos con ciertas características comunes: primero, todos tienen un discurso excluyente de todo aquello que se define como *extranjero* y como *corruptor de la pureza del verdadero pueblo* (el islam y los inmigrantes sobre todo, pero también el feminismo, la población Roma —llamada en Argentina

12 España y Grecia son excepciones parciales. En Grecia, el partido Syriza llegó al poder con un discurso antineoliberal de tintes populistas y el partido español Podemos es un caso notable de un intento de construir un populismo de izquierda de manera programática. Sin embargo, Syriza no cumplió con las promesas de romper con las políticas de austeridad, y en España en las elecciones de 2018 no fue Podemos el ganador, sino el partido populista de derecha y xenófobo Vox.

"gitana"—, los profesores universitarios, las minorías sexuales, el cine de Hollywood); además, comparten una visión fuertemente jerárquica y conservadora según la cual todos los cambios que amenazan a ese pueblo (de varones blancos y nativos) deben ser detenidos, por la fuerza si fuera necesario; y por fin, promueven plataformas de medidas antiglobalización y antiliberales, contra la Unión Europea o la ONU, a favor de nuevos proteccionismos.

En Gran Bretaña, un líder del partido populista UKIP, Nigel Farage, tuvo un papel decisivo en el apoyo de la opinión pública británica a la salida de la Unión Europea en 2016; la candidata del ala derecha populista francesa, Marine Le Pen, acumuló votos suficientes para entrar al balotaje; fue derrotada por Emmanuel Macron, pero continúa siendo la principal figura de oposición. En Suecia, el partido populista de derecha Demócratas de Suecia crece en cada elección y quedó tercero en las elecciones de 2018. En Hungría, el presidente Viktor Orbán ha logrado la sanción de la legislación antiinmigrante y antigitana más restrictiva de toda Europa, y ha solicitado prohibir los programas de estudios de género. Y, desde luego, lo más impactante a nivel internacional fue la victoria de Donald Trump en 2016, a pesar de no haberse desempeñado jamás en un cargo público, con un discurso basado en promesas como deportar a los inmigrantes ilegales, prohibir la entrada de musulmanes a territorio estadounidense y construir un muro en la frontera con México.

En síntesis: la tesis fukuyamista está en crisis y el fin de la historia parece cada vez más lejano. Y es el populismo —que fue considerado como un atavismo político, algo que pertenecía al basurero de la historia, un desvío momentáneo en una marcha global hacia la modernidad política— el que ha puesto de manifiesto esa crisis *en el centro mismo del mundo globalizado*. El principal peligro para la democracia liberal de partidos no es la izquierda programática del siglo XX; tampoco lo es el fundamentalismo religioso que aparecía tan amenazante en los años del cambio de siglo, sino que parecen serlo líderes

xenófobos y reaccionarios que surgen de esas mismas sociedades liberales y enarbolan, paradójicamente, la bandera de la necesidad de protegerlas. En América Latina y el mundo, al final de la segunda década del siglo XXI, está cada vez más presente la mirada sobre los peligros de la "vuelta del populismo", aun cuando no haya una definición muy acabada sobre lo que es el populismo, o cuando los gobiernos que prometen "erradicar al populismo para siempre" terminen siendo bastante impopulares.

Hoy puede decirse que las certezas que se creían grabadas en roca viva luego de 1989 se han desvanecido en el aire. Tal vez sea momento de dejar, al menos por un tiempo, de seguir investigando *respuestas* y volver a trabajar sobre las *preguntas*.

¿Por qué está *insoportablemente vivo* el populismo? ¿Por qué en América Latina predominan los casos exitosos de populismo de izquierda, mientras que en los Estados Unidos y Europa ascienden de manera casi imparable los populismos de derecha? ¿Es el populismo (tanto de izquierda como de derecha) una amenaza irremediable a la democracia?

Pero ¿qué es el populismo? Con solo mirar los casos que se discutieron en esta sección, saltan a la vista algunas regularidades, que profundizaremos más adelante. Todos estos gobiernos que los analistas describen como "populistas" comparten tres características: se trata de fenómenos políticos en los cuales confluyen un líder con fuerte personalismo y centralidad política, que suscita el apoyo de un colectivo de individuos movilizados (la mayor parte de las veces activamente y en el espacio público)¹³ detrás de un discurso antagonista que divide el campo político entre un "nosotros" popular y un "ellos" (la élite).

13 Jansen (2011: 75) lo define como "un modo de práctica política" entre muchos otros posibles, y Canovan (2005: 114) caracteriza al pueblo como un "público movilizado en el cual se han involucrado los individuos".

EL ESTADO DEL DEBATE CONTEMPORÁNEO SOBRE EL POPULISMO

Tanto en términos teóricos como empíricos, la producción sobre el fenómeno populista vive un momento explosivo, que más o menos acompaña el ascenso del populismo político en el mundo real.¹⁴ Esto no sucede solo en América Latina (que es una suerte de cuna y campo de juego de los populismos modernos), sino en los países del Atlántico Norte y también en África y el Sudeste asiático.¹⁵ Hubo, entonces, tres oleadas acerca del tema: la primera, con los estudios clásicos de los años cuarenta y cincuenta; la segunda, relacionada más bien con el interés que despertó el populismo neoliberal; y la tercera, cuyo comienzo se produjo de la mano de la llegada al poder de los populismos latinoamericanos y que perdura en la actualidad (un hito de esta tercera etapa fue la publicación, en 2005, del libro *La razón populista*, de Ernesto Laclau). En los últimos años, la ciencia política ha estado haciendo grandes esfuerzos por liberarse de una visión ingenuamente normativa y avanzar hacia un intento de comprender el populismo *en sus propios términos*, y no como una corrupción o desviación de una forma más pura de acción política.

Cabe destacar, asimismo, que existe una gran diversidad de escuelas, definiciones y enfoques metodológicos en torno al populismo: estudios centrados en análisis del discurso, en estudio de casos, en los liderazgos particulares, en medición de

14 Solo en los últimos años, cabe destacar publicaciones como *The Oxford Handbook of Populism* (Rovira Kaltwasser, Taggart, Ochoa Espejo y Ostiguy, 2017); *Political Populism. A Handbook* (Heinisch, Holtz-Bacha y Mazzoleni, 2017); *Populism. A Very Short Introduction* (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017); *The Global Rise of Populism* (Moffitt, 2016), *Gender and Populism in Latin America. Passionate Politics* (Kampwirth, 2010); *Populism and World Politics* (Stengel y otros, 2019).

15 Por ejemplo: McCargo (2001), Plagemann y Ufen (2017), Baykan (2018).

las actitudes de los votantes, y un largo etcétera. La proliferación de figuras que llegan a la política con un discurso *outsider* (algunas de las cuales incluso ganan elecciones) también ha causado una multiplicación en espejo de la literatura sobre populismo. Podrá argumentarse que esta descripción sobre el estado del arte de este campo refleja una dispersión y falta de consenso sobre el núcleo conceptual del fenómeno, lo que hablaría de falta de seriedad o de rigurosidad. (Incluso, hay quienes sostienen que es necesario eliminar el uso del término "populismo" *in toto*).¹⁶ Paradójicamente, lo que desde un punto de vista siempre se juzgó como un problema de la noción de "populismo" resulta hoy una fortaleza para comprender el momento histórico. La labilidad del concepto, su carácter poco determinado, flexible, contradictorio *inclusive*, permite comprender fenómenos que comparten ciertas¹⁷ características. Uno de los rompecabezas empíricos más interesantes que motiva esta producción tan prolífica en ciencia política es, como dijimos, la distribución ideológica de los populismos: en los últimos veinte años, la mayoría de los casos exitosos de populismo sudamericano fueron de izquierda, mientras que en Europa y los Estados Unidos asciende el populismo de derecha (Betz, 1994).

En los párrafos que siguen realizaremos un breve mapeo y sistematización del estado del arte actual de los estudios sobre el populismo. De más está decir que, dado el carácter multiforme y polisémico del fenómeno, existen casi tantas organizaciones del campo conceptual "populismo" como lectores. Seguramente otros especialistas lo organizarían de manera diferente.

16 Véase el capítulo "La ambigüedad constitutiva del populismo", de Mény y Surel (2002). También Fernández (2006).

17 Como el papel democrático de la retórica. Solo usa la retórica quien intenta persuadir al oyente, y para hacerlo necesariamente ha de ponerse mentalmente en su lugar y hablarle con su lenguaje; todo lo contrario al discurso autoritario.

Para comenzar, en este libro se definirá al populismo como *un fenómeno propiamente político*, no sociológico, ni económico. Esta decisión es importante (y puede ser para algunos controversial), ya que dos escuelas clásicas lo conciben de estas últimas dos maneras.

La mirada economicista sigue siendo sumamente influyente. Esta definición entiende que el populismo es sobre todo una manera de gestionar las políticas públicas en función de la cual el Poder Ejecutivo distribuye bienes o servicios de manera excesiva y demagógica a los sectores populares para lograr apoyo y éxitos electorales inmediatos, aun cuando sabe que esta política no es sustentable en el mediano o plazo. Sin embargo, esta visión resulta demasiado amplia porque finalmente el concepto se iguala con "mala administración" o incluso con "inflación" (Dornbusch y Edwards, 1991). Desde esta perspectiva, deberíamos admitir que la última dictadura argentina fue populista, o que lo fue Raúl Alfonsín: después de todo, estos gobiernos tuvieron fuertes procesos inflacionarios que aceleraron su retirada del gobierno. Asimismo, según esta mirada, Carlos Menem no sería populista, ya que su decenio de gobierno no estuvo marcado por la aceleración de precios. Tampoco sería populista Evo Morales, quien lleva adelante una gestión económica caracterizada por la baja inflación y el control de las cuentas públicas.

La escuela sociológica de estudios del populismo fue igualmente influyente, y marcó la dirección de la literatura especializada por tres décadas. Nació impulsada por el interés de explicar los populismos que se multiplicaron en las áreas semiperiféricas del mundo durante las décadas de la primera y segunda posguerras. Para estos teóricos, el populismo podía entenderse como un movimiento político que expresaba un tipo especial de coalición de clase, entre una base de tipo obrero-industrial y un líder (o una dirigencia) proveniente de la élite o de las clases medias altas. El populismo movilizante, urbano y modernizante de Perón,

Vargas o Atatürk en Turquía –desde esta perspectiva– fue el producto del rápido cambio social causado por la industrialización y la urbanización (Lipset, 1960; Germani, 1963, 1968; Di Tella, 1965). Estos autores son clásicos y su aporte a la sociología de la modernización es inapreciable. Su utilidad teórica, sin embargo, se reduce por su teleologismo modernizante, que termina acotando el populismo a una única fórmula de clase. En décadas siguientes pudo verse que existen tipos populistas que no dependen de una coalición con una base movilizadora de obreros industriales, sino que tienen apoyo masivo de campesinos, o de la clase media, o de pobres urbanos informales. Asimismo, en los años noventa quedó en evidencia que algunos gobiernos populistas podían no ser industrializantes y distributivos, sino, por el contrario, esforzarse por reducir el Estado y disminuir el poder de la clase obrera industrial.

Como respuesta al ascenso de los llamados “neopopulismos” o populismos neoliberales durante los noventa, una generación posterior eligió definir el populismo de manera estrictamente política: como un modo específico de competir y ejercer el poder que no depende de una determinada clase de coalición social y que no está condicionada a llevar adelante un tipo único de política económica. Esta aseveración constituye un verdadero “consenso mínimo” para toda la disciplina: existen varias maneras de definirlo, pero prácticamente la totalidad de los que estudiamos el populismo lo concebimos como una manera de hacer política que está siempre en tensión y competencia con otras dentro de las democracias contemporáneas. El corolario de esta idea es que el populismo no siempre corresponde a una ideología determinada, sino que es una manera de construir poder político, que puede “ponerse al servicio” de diversos programas ideológicos.

Ahora bien: el consenso en la definición se termina en este mínimo común denominador: que el populismo es un fenómeno propiamente político, y que es algo diferente a un

simple menú de políticas públicas de izquierda o derecha. Hasta aquí llegan, básicamente, los acuerdos. Fuera de esto, existen divergencias considerables entre las definiciones más usadas actualmente; me concentraré entonces en mapear las “familias” teóricas más importantes que son, a mi entender, las siguientes cuatro.

La primera de ellas es la concepción del populismo como discurso. Esta escuela se basa sobre todo en la obra de Ernesto Laclau y quienes fueron inspirados por ella. Entiende el populismo como un tipo de narrativa política performativa cuyo resultado es la formación de identidades políticas mediante la dicotomización del campo político entre un “nosotros” y un “ellos” (Laclau y Mouffe, 1987; Mouffe, 1999, Aboy Carlés, 2001; Laclau, 2005; Panizza, 2005; Barros, 2014; Stavrakakis, 2017). Para Laclau, el populismo involucra centralmente un tipo de discurso político que es capaz de articular diferentes demandas (de grupos sociales diversos) en lo que llama una “cadena equivalencial”; este discurso divide el campo político en dos: aquellos que forman parte de la cadena y aquellos que están *en contra* de ella (Laclau, 2005). En este enfoque, el líder *se transforma* (el uso del impersonal es importante) en el significante que expresa y condensa la cadena misma; a diferencia de lo que sucede con los partidos programáticos, la lealtad de los seguidores se expresa hacia esa figura, no hacia un programa. Y esa figura define también la totalidad del campo político, que quedará dividido entre “pros” y “antis”, no entre derecha e izquierda. El enfoque metodológico, en este caso, está puesto en trabajar la retórica política de líderes y seguidores registrada en presentaciones públicas, documentos de gobierno y textos de diverso tipo.

Una segunda familia teórica entiende el populismo como una estrategia de poder personal utilizada por un líder personalista. En esta línea, Kurt Weyland lo define como el modo que tienen estos líderes de acumular poder, quienes asumen la distinción entre amigo y adversario y usan la política económica y social como instrumentos para este objetivo (Weyland,

2001: 11).¹⁸ Para comprender las relaciones entre líderes y sistemas partidarios en los cuales se expresa este liderazgo, este enfoque se inclina por los estudios de caso y análisis estadísticos: patrones de votación, conformación de ofertas electorales, dinámicas legislativas, esquemas personalistas en la institucionalización partidaria, quién decide candidaturas y programas, entre otros.

Por su parte, la obra de Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser plantea otra línea, más reciente, que ha alcanzado difusión global.¹⁹ Estos autores conciben el populismo como una "ideología delgada",²⁰ es decir, se trata de una ideología, pero que –a diferencia de las ideologías "densas" del siglo XX (liberalismo, fascismo y comunismo)– no llega a constituir una visión del mundo completa y autónoma, sino que se limita a tres características generales: tiene un discurso antiélite, de tipo moral y enfatiza la necesidad de respetar la *voluntad general*. Para Mudde y Rovira Kaltwasser, el populismo es un elemento que debe "adosarse" a otros componentes ideológicos, como el nacionalismo o el autoritarismo. Este tipo de definición ideológica pone el énfasis en el carácter antiélite y en que los componentes morales se imponen sobre los factores económicos, como la clase o la organización política.

Por último, diversos análisis se han concentrado más recientemente en construir un enfoque sociocultural del populismo, y recalcan sus aspectos *performativos*, es decir que el establecimiento de liderazgos populistas depende de la activación de diversos significantes socioculturales a través de performances públicas, sobre todo mediante el uso de diver-

18 Véanse también Weyland (2017), Freidenberg (2007), Arnson y De La Torre (2013), Casullo y Freidenberg (2017a).

19 Mudde (2007, 2017), Mudde y Rovira Kaltwasser (2013, 2017).

20 Véanse también, por ejemplo, Stanley (2017), Gherghina, Miscoiu y Soare (2017).

sos medios de comunicación.²¹ Desde esta perspectiva, se trata de un tipo de performance política en función de la cual se construye un personaje público a partir de una serie de marcadores estilísticos y del comportamiento (ropa, tipo de discurso, acentos, gestualidad) en la autopresentación.

Cabe destacar que, entre estos enfoques, existe un amplio grado de diálogo y discusión: ninguno de ellos reclama para sí ser "el mejor" *per se*, sino que cada uno puede usarse ventajosamente para comprender distintas aristas de un concepto multifacético que puede llamarse "movilización populista", y que tiene ciertas características comunes: liderazgos fuertes y personales, un pueblo movilizado en torno a ese liderazgo, presencia de impulsos antagonistas.

EL POPULISMO COMO DISCURSO MÍTICO

Además de intentar explicar qué es el populismo, resulta relevante tratar de comprender por qué funciona. En otras palabras, por qué muchos de los liderazgos y partidos populistas no solo ganan elecciones –muchas veces contra todos los pronósticos de analistas políticos "racionales" y para sorpresa de los involucrados–, sino por qué una vez en el gobierno resultan mucho más resilientes de lo esperable, dado el carácter poco experimentado, poco tecnocrático o supuestamente irracional de los recién llegados. Para eso, entendemos que el populismo puede analizarse como un tipo de discurso performativo (es decir, que tiene efectos sobre la realidad), y dentro de este conjunto como un género político (es decir, público) en especial, que llamaremos el "mito populista".

No pretendemos aquí analizar la política económica de los gobiernos, ni la conformación de las coaliciones gubernamentales.

21 Por ejemplo: Ostiguy (2009, 2017), Moffit (2016), Diehl (2017).

mentales en términos de clase, ni las políticas públicas, ya que en ninguno de estos elementos reside, a mi parecer, el núcleo de la efectividad política del populismo.²² El foco debe ponerse en aquello que los presidentes populistas dicen sobre lo que hacen y por qué lo hacen. Este énfasis en el discurso se justifica por el papel único que la palabra política desempeña en este tipo de movimientos y gobiernos: la naturaleza misma del lazo carismático entre el líder y sus seguidores requiere de un constante ida y vuelta de palabras y sentidos. Los líderes hablan por televisión, conducen programas de radio y pronuncian discursos en las manifestaciones porque deben mantener vivo el apoyo y explicar qué sectores sociales pertenecen al "nosotros" y cuáles al "ellos".

Por lo tanto, preferimos aquí usar una definición de populismo entendido no como una estrategia o ideología, sino como un marco enunciativo (*frame*), según la caracterización de Heinisch y Mazzoleni:

Dado que el populismo depende de realizar afirmaciones ambivalentes, las cuales forman parte de una narrativa cuidadosamente construida en función de adaptarse a contextos políticos específicos, [...] proponemos que se comprenda el populismo como un marco enunciativo y no como una ideología (Heinisch y Mazzoleni, 2017: 110; traducción propia).

El enfoque es discursivo, ya que el populismo aquí será definido como un fenómeno producido en y por el discurso, y para reconstruirlo analizaremos discursos presidenciales. Sin embargo, no podría decirse que la perspectiva que seguimos aquí es laclausiana en sentido estricto. Nuestra perspectiva es

22 Además de que ninguna de estas cuestiones son propias del fenómeno: hay populismos que eligen políticas distributivas, y otros que concentran el ingreso; populismos nacionalistas y populistas globalizantes; populismos de base urbana y populismos campesinos.

más simple y prescinde de nociones como la de cadena equivalencial y significante vacío; otra diferencia es que la noción de "mito populista", central en nuestro análisis, no se encuentra tampoco en la obra de Laclau. La definición de populismo aquí utilizada es, a grandes rasgos, la de Francisco Panizza, para quien se trata de un fenómeno que divide el campo político en dos, con el pueblo subalterno de un lado de la frontera, y la élite, del otro (Panizza, 2005: 3). El *insight* más relevante en los planteos de Laclau retomados por Panizza es que ni el pueblo ni la élite son entidades objetivas en ningún sentido sociológico, sino colectivos imaginados (pero no por eso menos *verdaderos*) y *discursivamente construidos*. El pueblo existe en tanto es designado como tal, y el no pueblo existe en oposición al primero. El pueblo en sí es una construcción discursiva, que depende de la palabra performativa del líder para su propia existencia. A la vez, el pueblo es más que esto: la materialidad de la vida social y las relaciones de desigualdad existen fuera de la política y son los elementos *sobre los cuales* se construye el discurso, pero deben ser puestas en palabras, explicadas, *narradas* para generar la identificación entre el líder y sus seguidores. Como sostiene Panizza,

el antagonismo es así un modo de identificación en el cual la relación entre su forma (el pueblo como significante) y su contenido (el pueblo como significado) está dada por el mismo *acto de nombrar*, es decir, designar quiénes son los enemigos del pueblo y, por lo tanto, quién es el pueblo mismo (Panizza, 2005: 3; traducción propia).

Es posible, desde luego, plantear objeciones a esta mirada puesta en el discurso de los dirigentes. Bien podrían analizarse los procesos políticos desde otra perspectiva. Lo que sin duda no puede perderse de vista en este tipo de movimientos políticos es la centralidad de la palabra del líder, quien actúa como "punto focal" de la identificación de sus seguidores.

Este es, de hecho, un rasgo común en todos los populismos (lo cual suscita, como veremos más adelante, su verdadero talón de Aquiles: la imposibilidad de generar sucesores que continúen la legitimidad del líder originario).

Sin embargo, hablar de discurso puede resultar demasiado amplio. El análisis de las palabras públicas pronunciadas por los líderes populistas arroja, inductivamente, una sorpresa: en todos los casos, usan un mismo tipo de discurso y un mismo género narrativo, que manejan con fluidez: el *mito*. Los mitos son narraciones, como los cuentos populares o las leyendas. Pero a diferencia de los cuentos populares, los mitos se relatan como "verdad", como algo que sucedió efectivamente en el pasado; lo que los diferencia de las leyendas es que su héroe no es individual, sino colectivo. Los mitos políticos cuentan el origen de una comunidad, de un pueblo: cómo se formó, bajo qué circunstancias y quiénes lo hicieron posible. Este tipo de mitos es una clase de discurso que resulta central para la política desde el inicio mismo de esta actividad humana.

En este marco, nos concentraremos en este libro en un género discursivo político²³ que se denominará "el mito populista"²⁴ que, como demuestran los estudios empíricos sobre los discursos públicos de presidentes y candidatos populistas, está presente en todos los discursos relevados. Antes que nada, el mito populista es una plantilla o modelo formal discursivo "vacío", como lo es el melodrama, la leyenda o el cuento folclórico. Es vacío porque su estructura puede llenarse con infinitos contenidos "sustantivos", según el contexto y las necesidades e intenciones del hablante. De hecho,

23 Eliseo Verón (1987) define el discurso político como un conjunto de locuciones performativas proferidas por un hablante con alta autoridad y que, por lo tanto, tienen una circulación social amplia y la capacidad de generar un impacto en la vida de comunidad.

24 Este concepto está mencionado por Margaret Canovan en su libro *The People*, pero no es uno de los ejes del trabajo.

su estructura es similar a la que los primeros análisis formales del relato atribuyeron a los cuentos populares europeos: una estructura muy simple, con un héroe que desea algo y un villano que busca impedir que lo consiga. El cuento narra la secuencia de hechos mediante los cuales el héroe logra vencer al villano y cumplir su voluntad original (Propp, 1968). Muy a menudo, tanto héroe como villano se sirven de un ayudante; en muchos casos, el ayudante del héroe es una figura providencial.

Los líderes populistas cuentan historias (como son los mitos) simplemente porque la narrativa funciona. La literatura sobre *storytelling* político se basa en una idea desarrollada por fundadores de las neurociencias, como Oliver Sacks: la mente humana está condicionada para comprender y reaccionar a las narrativas de una manera inmediata. Dice Sacks:

La narrativa viene primero, tiene prioridad espiritual. Los niños muy pequeños gustan mucho de cuentos y relatos y los piden, y pueden entender cuestiones complejas expuestas como cuentos y fábulas, cuando su capacidad para captar conceptos generales, paradigmas, es casi inexistente. Esta capacidad simbólica o narrativa es la que aporta un sentido del mundo (una realidad concreta en la forma imaginativa de símbolo y relato) cuando el pensamiento abstracto no puede proporcionar ninguno. El niño sigue la Biblia antes de seguir a Euclides. No porque la Biblia sea más simple (podría decirse lo contrario), sino porque viene dada en una forma simbólica y narrativa (Sacks, 2009: 199).

El discurso lógico-deductivo forma parte también de la experiencia humana, pero el discurso narrativo cuenta con la capacidad de engendrar una reacción primaria. Una narrativa potente tiene un efecto político porque genera entusiasmo y un sentido de identidad en los seguidores.

Los mitos son estructuras formales que pueden llenarse de distintos contenidos, casi infinitos. Esto no significa, sin embargo, que la operación por la cual se elige un contenido específico por sobre otro sea neutral. Los mitos políticos generan efectos políticos porque ellos son, como se dijo antes, *repertorios para la acción*. Tal vez sea cierto que los discursos populistas no configuran programas ideológicos complejos y articulados, pero sí generan líneas de perspectiva (por decirlo de algún modo) para la acción futura: determinan aliados y adversarios, y delimitan campos de acción posibles a favor de unos y en contra de otros.

2. Una genealogía del populismo

La dificultad de comprender la democracia reside precisamente en la necesidad de comprender el pueblo como una presencia ausente, es decir, como algo que no es ni un cuerpo compacto ni una nulidad. FRED DALLMAYR, "Postmetaphysics and Democracy" (traducción propia)

El populismo es visto en general como un problema, un atavismo, una irracionalidad que debe ser dejada atrás. La paradoja es que este consenso sobre la imposibilidad populista viene siempre acompañado de su aparente inmortalidad. El populismo entonces *siempre está a punto de morir y siempre está naciendo*. Como la hidra de Lerna: cada vez que la historia parece estar a punto de matarlo de una vez y por todas, en alguna parte del mundo (pobre o rica, democracia antigua o joven) una de sus cabezas renace.

Esta inconveniente "inmortalidad" populista puede hacerse más clara si se comprende que el término "populismo" no surgió hoy, ni tampoco noventa años atrás, con Getúlio Vargas o Juan Domingo Perón. El populismo no es un fenómeno exclusivo del mundo moderno y capitalista; por el contrario, es algo muy, muy antiguo... tanto como la democracia misma. Si se pone en perspectiva que este ha sobrevivido a dos mil quinientos años de historia política, se vuelve más natural pensar que no va a desaparecer de buenas a primeras.

En el primer capítulo planteamos que el populismo es un movimiento en el cual confluyen un líder y un pueblo movili-